

EL GRAN DIA DE LA MADRE

Una comedia de
Chascas & Quintanilla

VERSIÓN ESPAÑOLA - OCTUBRE 2013

Le recordamos que toda representación de la presente obra está sometida a la autorización de sus autores (José Ignacio 'Chascas' Valenzuela y Julián Quintanilla) y a la de su agencia de representación: www.qdequintanilla.com

qdequintanilla

AGENCIA Y PRODUCTORA TEATRAL

Madrid · España

qdequintanilla@gmail.com

Teléfono: +34.606.25.88.17

DRAMATIS PERSONAE

VIOLETA	Sesenta y muchos.
COTILLÓN	Cincuenta y pocos.
PRUDENCIA	Casi treinta.

LUGAR: Un mausoleo en un cementerio de pueblo.

ÉPOCA: Albores del siglo XXI.

ACTO ÚNICO

El interior de un mausoleo en forma de “L”, donde destaca, en lo alto, una gran inscripción plateada que reza “Aeternitas requiescat in pacem”.

En sus muros se encuentran una docena de nichos, cada uno de ellos provisto de un retrato de mujer y un nombre diferente, compartiendo en muchos casos el mismo apellido familiar. En el lateral izquierdo destaca una fornida mesa de mármol y dos bancos a juego. En el lateral derecho hay una gran mesa sobre la cual yace un ataúd. Al fondo, a la izquierda, destaca una enorme escalera de gigantescos escalones irregulares que termina en una puerta metálica, la cual da acceso al mausoleo.

La iluminación es tétrica, mortecina. De repente, la puerta se abre lentamente con un chirrido.

Tras ella entra en escena **VIOLETA**: una vivaz sesentona vestida con una elegante capa negra con capucha, que trae una bolsa de plástico verde en la mano. Violeta enciende la luz del mausoleo y baja las angostas escaleras con toda la dificultad del mundo, pero como si conociera de memoria como hacerlo sin matarse. Cuando llega al mausoleo, se sitúa en el centro y se queda de cara a los nichos. Tras mirarlos con algo de vergüenza, Violeta deja encima de la mesa la bolsa de plástico y se quita la capa de golpe, lanzándola encima de la mesa y revelando su indumentaria: un ‘vestido-mortaja’ azul celeste, que le confiere un aspecto exquisito de cabaretera de los años veinte, mezcla de babydoll de *show girl* y traje de fantasma decimonónico. Violeta hace un giro de 360º enseñando su traje a los nichos y es en ese momento cuando le vemos por primera vez la cara: a pesar de que va maquillada como una puerta, Violeta se saca de un bolsillito un lapiz de ojos negro y se pinta un lunar falso en la zona superior de su mejilla izquierda.

VIOLETA (*hablándole a los nichos*)

¡No digáis nada! ¡Nada! ¡Ni una palabra! Esté mona o no esté mona, ¡no quiero una sola crítica! ¡La que se pase un pelo, la saco de aquí y la meto en el mausoleo de los hombres! ¿Entendido? ¡Pues andando!

Violeta monologuea a grito pelado con los nichos, sin dejar de organizarse y organizar el mausoleo: lo primero que hace es sacar de uno de los bolsillos de su abrigo un lujoso collar de perlas y colocárselo en el cuello. Después, tras sacarlos de su bolsa, acomoda una pequeña almohada y una sábana de puntillas en el interior del ataúd y dos cirios gruesos en los portacirios.

VIOLETA

¿Qué queráis? ¿Que me vistiera de mortaja? Toda la vida diciendo que cuando me muera iría así... ¡pues así voy! Si ahora pido que me entierren sin la vestimenta prometida... ¿con qué credibilidad me voy a ir yo al otro barrio? ¡Pues con ninguna! Y ya no hablemos del ritual. ¡Ahí sí que no me puedo saltar nada! ¡Nada, nadita, nada! (*Colocando los cirios*) ¡Sí, qué pasa, son cirios a pilas! Se los he comprado a unos chinos en el todo a cien, ¿algún problema? Para estas cosas los chinos son muy mañosos y te resuelven la vida en un plis-plas. Ah... ¡Y falta lo mejor!

Violeta saca de la bolsa de plástico un extraño objeto metálico y comienza a desplegarlo: cuando termina, descubrimos que es un extraño crucifijo plegable.

VIOLETA

¡Pues sí! Aunque no lo parezca... ¡es un crucifijo! Plegable, sí, ¡desmontable! Síii, también lo he comprado en los chinos, ¿sabéis cómo se llama? ¡Crucifijo pop! ¿No os hace gracia? A mí mucha. ¿O queríais que viniera a cuestras con el que heredé del abuelo Santiago, que pesa treinta y cinco kilos? ¡Ni loca!

Violeta saca de la bolsa un muñequito, que representa a Cristo con los brazos en cruz y los instala en el crucifijo: el Cristo es amarillo limón, casi fluorescente.

VIOLETA (*instalando el crucifijo en un porta-crucifijo que esta delante del ataúd*)

¡Que sí, pesadas, que sí, que el cristo es amarillo! ¿¿¿Y de qué color queríais que fuera, si es un cristo chino??? Quizá este cacho plástico os parecerá sacrílego, pero si no fuera por los chinos, esta noche habría aquí un entierro sin crucifijo. Y eso... ¡eso sí que es un sacrilegio! ¡Sacrilegio! (*Colocándolo en su sitio detrás del ataúd*)

Violeta saca del bolsillo de su abrigo un botecito de plástico blanco, con un cierre especial de seguridad para niños, y lo coloca en el reborde de madera del ataúd.

VIOLETA

Y esto... ya sabéis lo que es. (*Pausa*) Ya está. Todo en su sitio. Ahora ya solo falta... lo que falta. ¡Ah, la otra! A ver si con las prisas...

Violeta se acerca a uno de los nichos que está detrás de la cabecera del ataúd y lo abre para echar un vistazo dentro, sin que el público puede ver qué es lo que está comprobando. Tras hacerlo, cierra el nicho girando una llavecita y se vuelve al centro del mausoleo, algo alterada.

VIOLETA

¡Sí, qué pasa! ¡Estoy nerviosa! En un tute como este, ¡cualquiera lo estaría! Ya podíais ayudar un poco y mandarme desde allí unos rayos de lexatín, porque como se me crucen, aquí esta noche se va armar la de Dios es Cristo. Sí hijas, ¿teníais dudas? Aquí esta noche, agarraos los machos, se va a liar la de Dios es Cristo. ¡La de Dios es Cristo! Avisadas quedáis.

De repente Violeta se gira con un espasmo, en dirección a la puerta. Se oye un ruido de forcejeo metálico que aumenta poco a poco, hasta que la puerta del mausoleo se abre con un golpetazo, provocado por la patada de un tacón de mujer.

En lo alto de la escalera aparece **PRUDENCIA**: 29 años, espigada, cara extraña y expresión fría. Va vestida de punta en blanco, tiene una barriga prominente, cual embarazada de 6 meses, y lleva en la mano una carpeta de documentos.

VIOLETA

Un respeto, niña, que aquí hay gente descansando.

PRUDENCIA (*altiva*)

¡Eh! ¡Que yo no he venido aquí a pasar la tarde! Entre el barrigón y la faja, no sé si me arriesgo a bajar. ¡Paso de matarme!

VIOLETA

¿Faja, qué faja? ¡Un trato es un trato!

Violeta sube las escaleras flechada hacia su nieta. Mientras sube, Prudencia la observa completamente alucinada.

VIOLETA

¿Qué pasa? Ni que estuvieras viendo un fantasma. Alegra esa cara, coño, que estás estupenda. Yo, por teléfono, te imaginaba horrorosa. ¿Qué estás, de cinco?

PRUDENCIA

De cinco.

VIOLETA

¿Lo ves? A tu abuela nunca le ha fallado el ojo. ¡Y quita ya esa cara de susto!

La abuela la agarra del brazo y ambas echan a andar escaleras abajo, con mucha dificultad, debido a la altura vertiginosa de los peldaños.

PRUDENCIA

Es que yo... yo siempre pensé que esto del mausoleo familiar era todo mentira.

VIOLETA

¡Mucho miedo y muy poquita vergüenza tienes tú! Si hubieses venido, al menos una vez, cuando te ha tocado venir...

PRUDENCIA

No, si no es miedo. ¡Es asco! Y encima tú así vestida...

Cuando llegan al último peldaño, el más alto de todos, Violeta lo baja de un salto y ayuda a su nieta a llegar al suelo.

VIOLETA (*mostrándose*)

Vestida como Dios manda, niña... ¡Vestida para la eternidad!

Prudencia la mira con cara de asco y esgrime un gesto resolutivo: se acerca entonces a la mesa de mármol y deposita un grupo de documentos notariales.

PRUDENCIA

Bueno, fin. A ver. Rapidito, ¿eh? (*Pausa*) Tu certificado de defunción, con firma del médico y sello legal, todo en regla...

VIOLETA

Perfecto.

PRUDENCIA

La escritura de tu casa a mi nombre... como dijimos...

VIOLETA

¿Tan rápido? Qué eficiencia la tuya cuando te da la gana.

PRUDENCIA

...y el testamento falsificado con Photoshop. Bueno, falsificado, en fin... que solo tienes que firmar aquí si no quieres que me metan en la cárcel.

Prudencia le extiende a Violeta un bolígrafo. La abuela lo mira, duda y se pone a verificar los papeles.

PRUDENCIA (*colocándose la faja*)

¿Qué? ¿No te fías encima? Venga, mujer, dale vidilla, que en una hora tengo revisión.

Violeta habla al aire, mientras comprueba los papeles.

VIOLETA (*al aire, a los nichos*)

¿Ésta? Ésta no sabe que la prisa mata. Porque ella para cogerme a mí el teléfono... prisa ninguna. ¡Años llamándola y si te he visto no me acuerdo! Ahora, eso sí, en cuanto le dije que iba a dejarle la casa familiar en herencia directa, yo no había terminado bien de colgar el auricular sobre el pototo, cuando ya la tenía moviendo cielo y tierra para arreglar los papeles. ¡Menuda! ¡¡¡Menuda!!!

Violeta termina de firmar el último documento. Prudencia se impacienta: el mausoleo la incomoda visiblemente. Sin dilación, se pone a recoger los documentos.

PRUDENCIA

Ah, ¿que encima me insultas? ¡Me las piro, vampiro!

VIOLETA

Uy, tú eres libre de hacer lo que quieras, no te voy a obligar yo. Pero si te vas, ¡despídete la casa!

PRUDENCIA

No-no-no-no-no. ¡Fin! Acabemos cuanto antes. ¡¿Qué tengo que hacer?!

VIOLETA

¡Pero si lo sabes perfectamente!

PRUDENCIA

Yo la sangre ni verla, ¿eh?

VIOLETA

¡Niña miedosa, mujer peligrosa! Aunque claro, tú, más que eso, nos has salido bien avariciosa. ¡Eso sí que debía darte miedo! ¿A ti no te han dicho nunca que la avaricia rompe el saco? Porque muy cara te me has vendido tú por media horita de mausoleo. ¡Buen negocio has hecho conmigo, sí que sí!

PRUDENCIA (*marcando con ironía las dos palabras entre comillas*)

Una cosa por la otra, ¿no? ¿O crees que esto de aquí te lo iba a resolver “otra cualquiera”?

VIOLETA

¡Chs! ¡A tu madre ni mentarla! ¡¡¡A esa mujer, en mi presencia, no se la nombra!!!

PRUDENCIA

Nombrarla-nombrarla, no la he nombrado.

VIOLETA

¡Bueno, por si acaso! Porque yo con tu madre... ¡cruz y raya! ¡Con tal de no verla...

Mientras Violeta responde, se gira y sigue con su tejemaneje: recoloca la sábana de puntillas en el ataúd, como si hiciera la cama.

...le hubiera dejado la casa... a las monjas de San Quintín! Y además, con todo lo que me ha pasado ahora, ¡ya no tengo el deber de heredarla, hala! Aunque no te creas, nena, que me hace tampoco mucha ilusión heredarte a ti. Pero claro, si no eras tú, ¿¿¿a quién coño iba a heredar yo, si no tengo a nadie???

Violeta apaga la luz de la sala y se persigna sin parar dispuesta a meterse en el ataúd. Un silencio: la atmósfera se vuelve turbia, mortuoria. También algo surrealista, con el bailoteo de los volantes del canesú azul celeste de Violeta. Prudencia se queda petrificada, espantada ante tanto signo de muerte: enseguida se dirige a su abuela, tristonza, aunque siempre fría.

PRUDENCIA

Abuela... ¿tú estás segura de que te quieres matar?

VIOLETA

¡Un poco de saber estar, sabihonda! ¿O tú crees que esa es una pregunta que se le hace a una muerta, a punto de morirse, con el viaje tan largo que me queda? Pues no es una pregunta, ¡no es una pregunta! Y sí, claro que quiero. ¿Sabes por qué? Porque allí, en el otro barrio, tengo a alguien esperándome. ¡A alguien! Pero en mi casa, ¿a quién tengo yo en mi casa, cuando llego por las noches? ¿Estás tú allí? ¿Está tu madre 'la innombrable' esperándome? ¡Pues no, no hay nadie! ¡El vacío y la nada! Y ya no lo aguanto más, ¡qué pasa! ¡No lo aguanto más!

Mientras Violeta habla, Prudencia cierra las carpetas con sus documentos, agarrándolas para prepararse a salir del mausoleo. Entonces, Violeta agarra el botecito blanco de encima del ataúd, desbloquea el seguro para niños, se coloca en la mano quince valiums y le tira el bote a su nieta.

PRUDENCIA (*sorprendida*)

¿Valium?

VIOLETA

¿Qué? ¿No pensarías que me iba a matar con cianuro, como las antiguas, para sufrir? No, hija. ¡Suicida pero moderna! Un manojo de valiums para quedarme tranquilamente traspuesta y morirme divinamente en sueños. ¡Sin sangre ni nada! (*Prudencia se altera*) Tú no te pongas nerviosa, que la agonía de los valiums no da guerra ninguna. Te lo explico, verás qué fácil. Yo primero me los tomo, luego me meto dentro y cuando ya me haya ido, ¿eh?, me arreglas el mausoleo como acordamos. (*Prudencia se desespera*) ¿Y esa cara de siesa? ¡Tampoco es tan difícil, digo yo!

PRUDENCIA

Ya, pero si tardas mucho en morirte cuando me vaya... ¿qué pasa si te descubren?

VIOLETA

¿Descubrirme? ¿Quién, si nadie lo sabe? Porque tú no lo habrás contado, ¿no?

PRUDENCIA

¿Pero cómo voy a contar yo semejante barbaridad?

VIOLETA *(con los valiums en el puño)*

¿Seguro? ¡Mira que como salga viva de aquí te desheredo, ¿eh?!

Violeta señala los documentos con su puño. Prudencia los aprieta contra su pecho.

PRUDENCIA

¡Que yo no he contado nada!

VIOLETA

Eso espero. *(Con un gesto de la mano)* Y ahora si me permites...

PRUDENCIA

Sí, sí, claro.

VIOLETA

No, pero date la vuelta.

PRUDENCIA

La vuelta, ¿por qué?

VIOLETA

Porque la muerte, en esta familia, siempre ha sido una cosa muy privada.

PRUDENCIA

Tan privada no será, cuando quieras que me quede.

Con gesto de indignación, Violeta la mira de arriba a abajo, cual lagarta.

VIOLETA

Qué fría has sido siempre, Prudencia. Qué fría. Fea también, eso sí. Pero fría... ¡lo que más!

Violeta se estira y respira cual Gloria Swanson, transformando la atmósfera en un momento lleno de solemnidad. Prudencia se la queda mirando, muy sorprendida. Violeta abre el puño y se echa de golpe los valiums a la garganta. Prudencia la mira, con gesto de horror y se da la vuelta, espantada. Inmediatamente después, Violeta se gira y se acerca al ataúd. Intenta subirse a él toda escarranchada, pero no puede. Prudencia está petrificada. Violeta se gira entonces, atacada.

VIOLETA

¡Niña, muévete! ¡¡¡Que si te he llamado es porque no puedo sola!!!

PRUDENCIA

¿Pero no me has dicho que me dé la vuelta?

VIOLETA

¡Hombre, por el pedazo casa que te estoy dejando, yo ayudaría a mi abuela de espaldas mismamente! (*Hasthada, Prudencia deja los papeles, su bolso y los valiums en la mesa de mármol y se acerca rápidamente a Violeta, de espaldas*). Que hay que dártelo todo mascado, coño, como a tu padre que en paz descansa. ¡Espabila, leche!

Prudencia ayuda a Violeta a subirse al ataúd, como buenamente puede.

PRUDENCIA

A mi padre ni tocarlo, que te crujo las piernas.

VIOLETA

¡Ay...! Ay, ay, ay, ay... De hijitas cariñosas que faltan al entierro de su padre, ¡están los cementerios llenos! ¡Venga mujer, mueve el culo, que me desnucó!

Cuando la abuela tiene ya el trasero dentro del ataúd, pero aún le cuelga una pierna fuera, la puerta del mausoleo se abre con un portazo. En el umbral aparece **COTILLÓN**, que enciende la luz pulsando un interruptor: la atmósfera mortecina desaparece de golpe, volviéndose más alegre. Cotillón es una mujer de unos cincuenta años, que trae las llaves del coche en la mano y el pelo revuelto. Tiene una cara muy rara, del todo expresiva y su energía la convierte en un dragón insertado en un estampado traje rojo. Llama la atención la forma con la que agarra un bolso playero de donde sobresalen artículos de fiesta.

COTILLÓN

¿¿¿Pero esto qué es lo que es???

Cotillón baja las escaleras, histérica, flechada en dirección a ambas mujeres.

COTILLÓN

¿¿¿Qué me hacéis aquí las dos, juntas en amor y compañía???

Prudencia se gira hacia Violeta: ambas se miran con recelo.

PRUDENCIA (*A Violeta*)

¿¿¿Cómo???

COTILLÓN

¡¿De qué, descastada?! ¡Años sin hablarle a tu santa madre y encima me entero por boca ajena que andas diciendo que me odias! ¡A tu propia familia!

PRUDENCIA (*A Violeta*)

¡Que yo no tengo familia! ¡Que no quiero cuentas! Ni ahora, ni en el futuro. Ni contigo, ni contigo. ¡Esto lo has preparado tú, vieja lianta!

VIOLETA

¿Preparar yo? ¡Si a mí móviles me dan jaqueca!

PRUDENCIA (*mirando la enorme escalera*)

¡¿Cómo que no, si esto es claramente una encerrona?!

Prudencia intenta subir las escaleras, pero debido a los enormes e irregulares peldaños, descubre que no puede: su barriga se lo impide.

COTILLÓN

(*A Prudencia*) ¿Claramente? (*A Violeta*) ¿¿¿Claramente??? (*Al techo*) ¡¡¡Hablad!!!

Prudencia se sienta en las escaleras y se tapa la cara con las manos.

VIOLETA

¡Fuera! A ti nadie te ha dado vela en este mi entierro.

Cotillón se acerca a Prudencia y le quita las manos de la cara.

COTILLÓN

¿¿¿Fuera yo, después de 400 km de autopista??? ¡De aquí no me sacáis ni con agua caliente! ¡Tú! ¡Contando ahora mismo qué es lo que está pasando aquí!

Prudencia se resiste a interactuar con su madre.

VIOLETA

Deja a la muchacha coño. ¡No ves que ha salido a mí, que no te quiere ni ver!

COTILLÓN (*alteradísima*)

¡Por las vecinas, que son carne ajena, me he tenido que enterar que estabais aquí!
¡Tantas cosas se me están ocultando! Tú preñada además...

VIOLETA

... y de cinco meses...

COTILLÓN

... ¡cinco meses y sin decirme ni pío, benditas vecinas! Sin saber yo quién es el padre, ni cuándo ha sido la boda. A tu propia madre, ¡¡¡no decirle que va a ser abuela!!! ¿Y esto? ¿Se puede saber qué fiesta es esta? ¿Qué hacéis con tanta vela y tanta ofrenda? Y tú, vestida para ir a la feria... ¡precisamente hoy!

VIOLETA

Precisamente hoy, no teníamos nada mejor que hacer.

Cotillón se saca del bolsillo una carta, agitándola desesperada al aire: es la típica postal de felicitación, decorada con florecitas, del día de la madre.